

«Mirando hacia atrás»: la Ciudad Jardín cien años después

Fernando ROCH PEÑA

Prof. tit. ETSAM, Universidad Politécnica de Madrid

RESUMEN: Hace cien años, con una firme fe en el poder de transformación de la ciudad, Howard propone lo que probablemente sea el proyecto más completo y ambicioso de construcción de una comunidad cívica en la sociedad industrial. Con voluntad experimental y en forma de manual se resumían muchas de las preocupaciones que ya desde un siglo atrás dominaban el convulso modelado de la industrialización y de la emergente sociedad de consumo, en el seno de las viejas estructuras agrarias. La economía social, la renta de la tierra, la comunidad integrada ya utogestionada, lo local y lo nacional, el progreso y la igualdad, se reúnen con modelos de urbanización, con la arquitectura ciudadana, para establecer vínculos efectivos entre la cuestión social, el desarrollo productivo, el problema agrario y el crecimiento urbano; para dar la mejor forma a los complejos procesos de transformación del aparato industrial en un momento de inflexión de su historia. Este poderoso proyecto urbano se desvanece finalmente ante el empuje y las necesidades del despliegue industrial fordista apoyado por el desarrollo disciplinar de la urbanística moderna que convierte a la Ciudad Jardín en una forma trivial de crecimiento. Cedido ese empuje y alteradas muchas de sus dimensiones fundamentales, puede ser un buen momento para retomar aquél proyecto al que nunca debió renunciarse.

Descriptor: Ciudad Jardín. Historia del Urbanismo.

«The almost universal theme of the writers who have celebrated this bi-millennial epoch has been the future rather than the past, not the advance that has been made, but the progress that shall be made, ever onward and upward, till the race shall achieve its ineffable destiny. This is well, wholly well, but it seems to me that nowhere can we find more solid ground for daring anticipations of human development during the next one thousand years, than by «Looking Backward» upon the progress of the last one hundred.» (Edward BELLAMY, 1888, Looking Backward. 'Preface')

Han pasado cien años desde que Ebenezer Howard consiguiera prestadas las cincuenta libras que necesitaba para publicar la primera edición de una pequeña obra que, con su extraño título, resumía una crisis con una huida hacia adelante: *To-morrow: a peaceful path to real reform*. Sobre la popularidad

adquirida por la fórmula urbanística que venía incluida en este texto no nos quedan dudas un siglo después, pero pocos libros han sido más populares y menos leídos que éste que más adelante —desde su segunda edición de 1902— se presenta con el título más genérico de *Garden Cities of To-morrow* (1).

Recibido 1/09/98; revisado 6/10/98

(1) Publicada inicialmente en Londres en 1898 como *To-morrow: A Peaceful Path to Real Reform*. Volvió a imprimirse con algunas variaciones en 1902 como *Garden Cities of To-morrow*. La tercera edición es de 1922 con un prólogo de Theodore Chambers. La más famosa es la cuarta versión de 1946 por Faber & Faber

Ltd. con un prefacio de F. J. Osborn y un texto de L. Mumford: "The Garden City Idea and modern Planning". La quinta es la de 1965 que incluye un prólogo de Osborn más extenso. Hoy puede encontrarse la sexta edición de 1985 de Attic Books, Eastbourne, con una interesante introducción de Ray Thomas, que ha conocido reimpresiones sucesivas en 1989, 1993 y 1997.

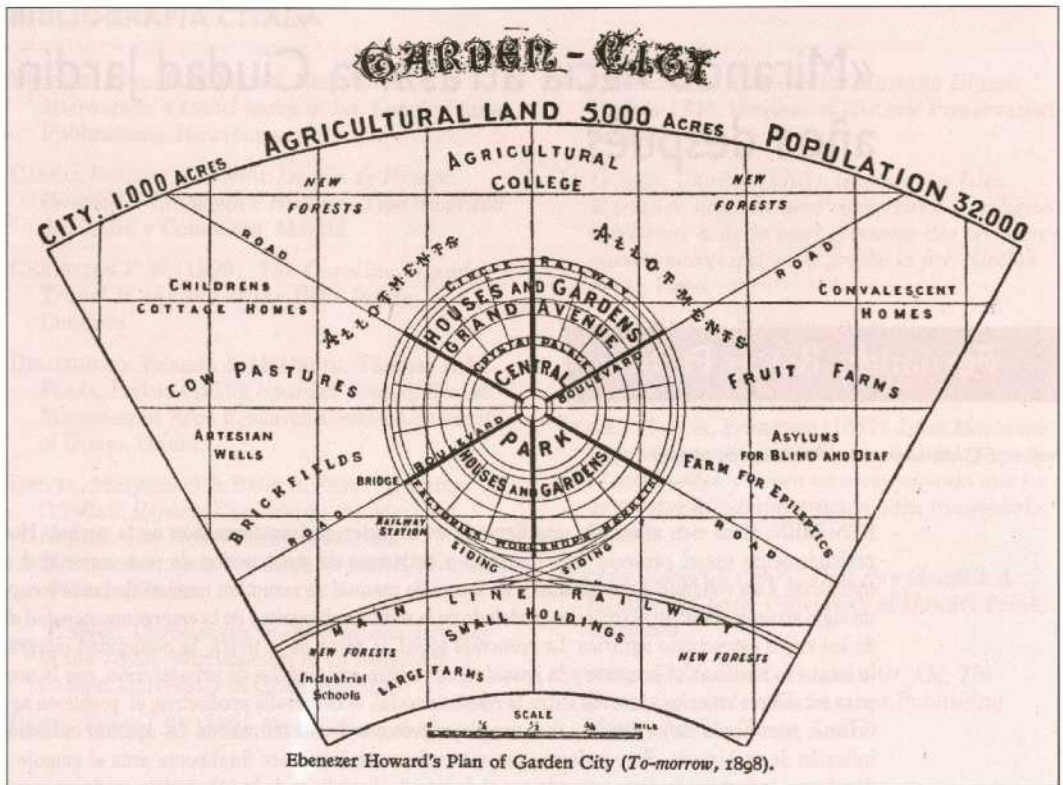


FIGURA 1: Plan de la Ciudad Jardín de Howard.

En *To-morrow*, 1898.

Cien años de presencia continuada en el lenguaje cotidiano y en la práctica urbanística son muchos en unos tiempos en los que las invenciones son cada vez más de usar y tirar (Mumford, exagerando bastante y desplazando algo las fechas sitúa a la Ciudad Jardín junto con el aeroplano como los dos grandes inventos del comienzo de siglo), pero hay razones de mayor peso para revisitarse el texto de Howard e invitar hoy a su lectura rescatándolo de la trivialización en la que se ha mantenido durante tanto tiempo. Resituarlo en la crisis de su tiempo, recordar sus raíces y su peripecia, puede ayudarnos también a comprender la crisis urbana actual, a entender las verdaderas cuestiones en juego; basta con tener la precaución de separar el discurso sobre la Ciudad Jardín, de las ciudades-jardín construidas, porque la sustancia de la que está formado aquél no es la misma que alimenta el pensamiento reformista que se acabará apoderando de la idea y de su materialización.

El texto es de aquellos que defienden con voluntad firme la necesidad de construir comunidades de ciudadanos haciendo frente a eso que hoy llamamos «las tendencias de los procesos en curso». Es un acto de creación deliberada que se levanta contra las lógicas naturalizadas de los agentes económicos y sus «inevitables» consecuencias, y que trata de devolvernos nuestra capacidad de decidir colectivamente y de forma consciente. Aparece en un momento en el que la fe en la eficiencia de las nuevas fuerzas económicas y mercantiles que ha desplegado la primera industrialización ha quedado en suspenso, después de probado su fracaso para garantizar sus propias condiciones de existencia y para modelar un mundo más equilibrado y justo. Es el momento de la gran crisis que acompaña al cambio de siglo. Su contenido nos remite directamente a la ciudad; pero no a una ciudad cualquiera, sino a esa creación genuina del genio europeo de la que arranca su vigor y su

cultura transformadora; y lo hace empezando casi desde cero (*tomorrow*), haciendo tabla rasa de un orden de cosas sin salida, pero reconstruyendo el universo local que le es propio, con nuevos mimbres y con viejas virtudes. Lo hace además sin grandes alardes técnicos ni científicos, al modo del inventor, aunque abundan los detalles cuando es necesario; animado de firme voluntad cooperativa, de total confianza en el espíritu cívico.

I. LA FORMA DE CRECIMIENTO

Lamentablemente y a pesar de que su influencia en el ámbito del proyecto urbanístico ha sido innegable lo ha sido más atendiendo a los aspectos que pudieran considerarse más irrelevantes de la propuesta que al fondo de la cuestión. F.J. Osborn señala que pocos intelectuales de su época prestaron atención al libro ni apreciaron lo que él considera su principal aportación: la necesidad de controlar el crecimiento de la ciudad (OSBORN, 1946). Pero Osborn también se queda corto porque Howard apuntaba más alto. Ciertamente no se convirtió entonces esta cuestión en un punto central del debate intelectual, pero fue recogida —y trivializada— por la práctica urbanística de forma decidida como ya lo había sido por el pensamiento económico mucho tiempo atrás, ya fuera como simple crecimiento de población o bajo el problema general de la acumulación de la riqueza. De hecho, todos los constructores de suburbios de la época trataban este problema urbanístico de diversas maneras y para distintas clientelas. También es el reto al que Abercrombie se enfrenta, después, de forma sistemática, mediante la fórmula del mosaico de *precincts* en el Greater London Plan (2), y será el tema principal del programa de nuevas ciudades

que va a presidir a continuación el despliegue de la industrialización fordista en Gran Bretaña. Todo eso es cierto, pero Howard intuye que esos crecimientos urbanos que se están produciendo a finales del siglo afectan al orden mismo de la estructura productiva y de la nueva organización social que emerge, es decir, tienen más calado que un simple problema urbanístico, como trataré de argumentar más adelante.

Claro que el control del crecimiento urbano fue un tema medular para Howard, pero creo que el pragmatismo de sus discípulos, y de él mismo en vida, fue simplificando excesivamente una cuestión que en su proyecto nace mucho más compleja y rica de proposiciones. En efecto, probablemente sea este problema, convertido en diseño de la forma de crecimiento, el que ha ayudado a transformar su mensaje en un debate sobre las modalidades organizativas y las características del alojamiento (3), y seguramente porque Unwin, el seguidor de Morris —que había idealizado la vieja villa medieval inglesa como espacio de la solidaridad, cuya «unidad orgánica» veía como el mejor lugar para alajar la anhelada vida en cooperación que nos aguardaba y que imaginó Letchworth como la primera muestra de esta nueva generación de ciudades alternativas— contribuyó a convertir su fórmula residencial en el espacio doméstico estándar del suburbio; precisamente lo contrario de lo que quería Howard. Unwin —que recoge ya en 1902, en vísperas de proyectar la primera Ciudad Jardín y de iniciar su colaboración en el suburbio de New Earswick, sus ideas sobre alojamiento y organización colectiva (UNWIN, 1902)— sería, como recuerda OSBORN (1946) de nuevo, el autor del informe Tudor Walters sobre vivienda de 1918 en el que se establece el estándar moderno de casa con jardín que caracterizaría la construcción

(2) Que puede considerarse una revisión de la vieja organización territorial de Scotland Yard bajo una fórmula que se inspira en la Ciudad Jardín

(3) Un buen ejemplo de esta visión puede encontrarse en BAYLEY (1977). Se empeña en clasificar los ensayos de alojamiento de la época (comunidades modelo, *garden suburbs*, Ciudad Jardín, etc.) siguiendo en cierto modo la nota terminológica de OSBORN (1946), que a su vez recogía una tradición clasificatoria, característica del pensamiento reformista, que pretendía introducir métodos científicos en el

tratamiento de la «cuestión social». Surge así una especie de itinerario que empezaría planteando la vivienda obrera y Ciudad Jardín, una especie de historia natural destinada a legitimar su fuerte contenido ideológico en orígenes utópicos muy alejados de su momento. El universo intelectual de Howard queda muy claro en su libro y no tiene ningún vínculo con el debate profesional sobre las modalidades de alojamiento, ni con el urbanismo realizado hasta entonces, ni con el pensamiento utópico con el que nunca quiso verse alineado.

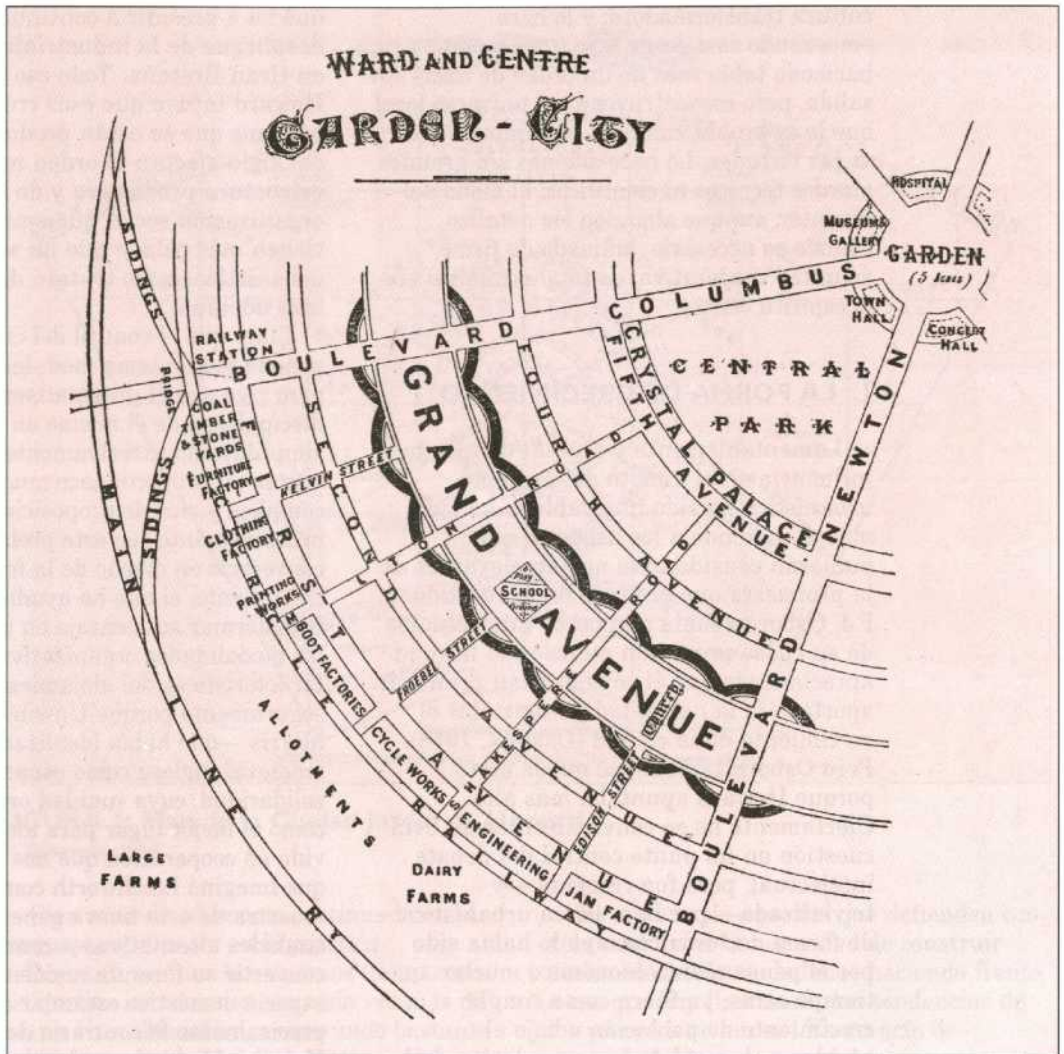


FIGURA 2: Planta de una sección de la Ciudad Jardín de Howard.

De *To-morrow*, 1898.

intensiva de viviendas en Gran Bretaña en el periodo de entreguerras (4). Lo que estaba llamado a ser un modelo de sostenibilidad — como diríamos ahora— se convertía en la pieza básica de la construcción de las extensiones infinitas de los grandes sistemas metropolitanos; probablemente los

objetos más insostenibles que hemos fabricado jamás, pero también la fórmula más eficaz para consolidar las nuevas relaciones productivas y el nuevo orden social: algo mucho más importante que el puro crecimiento, que la simple expansión de las ciudades (5).

(4) Raymond Unwin, fabiano como Osborn y hombre de gran actividad que merece también una revisión, fue uno de los que contribuyeron a extender la idea de la dispersión residencial, asociando su contraria (la concentración) a la especulación de los operadores inmobiliarios (UNWIN, 1912). Obsesionado por crear agrupaciones orgánicas llevaba la organización de barrio a sus suburbios y había recuperado para el diseño urbano la práctica del «fondo de saco», como un dispositivo de cohesión en torno al

cual se organizaban las edificaciones, la vida doméstica y el primer nivel de socialización, que recordaba demasiado los callejones que la legislación urbanística había terminado por desterrar en los años 70 para sustituirlos por las calles con ordenanza, las *bye-law streets*, que abrían el paso a todo el aparato de la vida moderna.

(5) En los años 80 los nuevos suburbios ordenados reciben un fuerte incentivo gracias a la Ley de Trenes Baratos. Era un

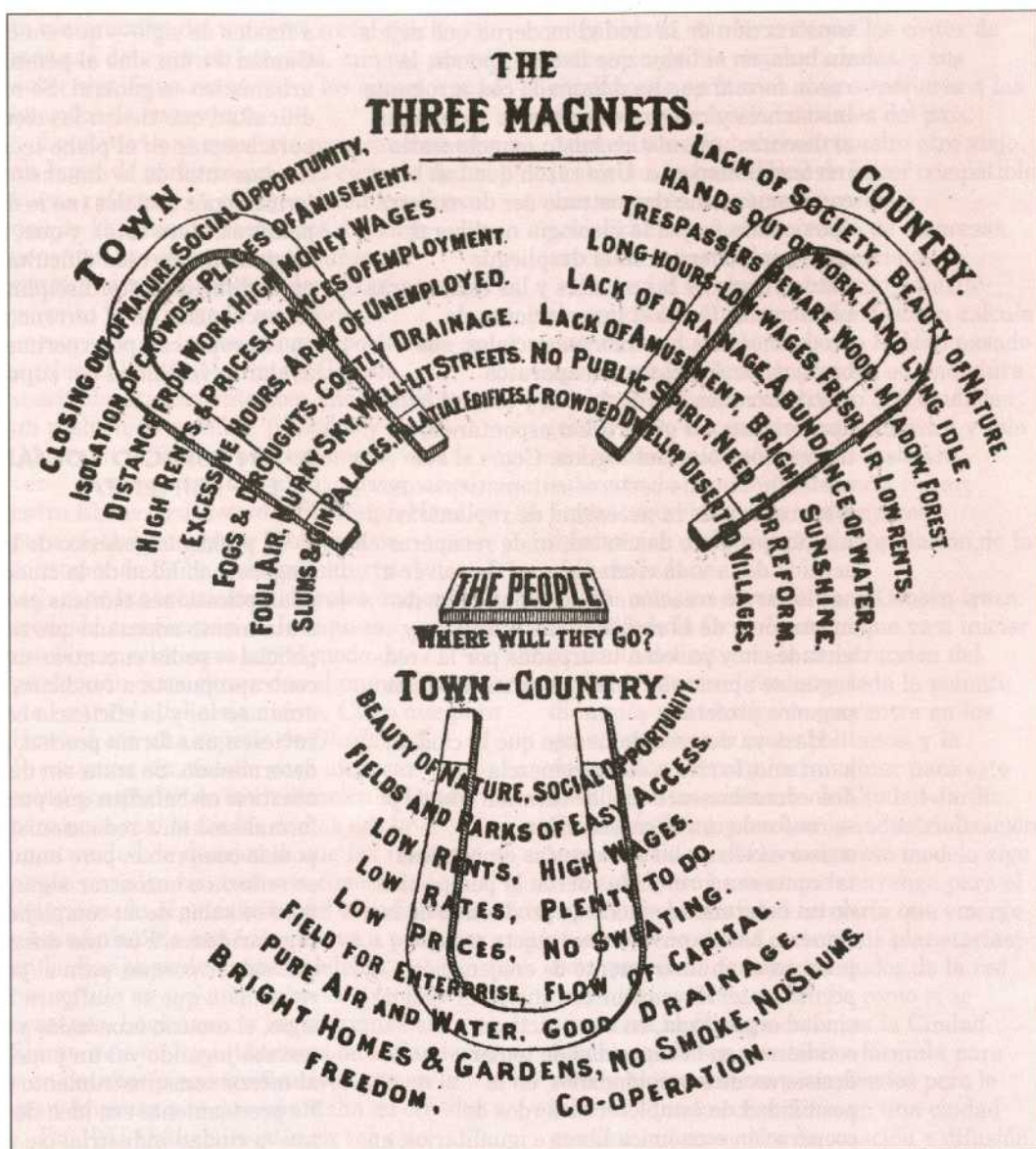


FIGURA 3: Diagrama de los tres imanes.

Howard, *To-morrow*, 1898.

2. REVISITAR TO-MORROW.

Afortunadamente, hay muchas otras cosas que destacar, que recordar y aún descubrir,

mecanismo promocional complejo que al mismo tiempo que desmontaba los *slums* en los que la clase trabajadora había terminado por atrincherarse organizando sus propias economías de supervivencia (los trazados de los trenes pasaban por encima de estos barrios), permitía extender el suburbio (un suburbio desactivado socialmente) sin otros límites que el alcance de las líneas de ferrocarril y la propia capacidad de la máquina inmobiliaria disponible. Estos nuevos

en la idea de la Ciudad Jardín y en su peripecia, y el motivo de estas líneas apresuradas es evocar algunas de ellas con la esperanza de abrir un debate sobre la

suburbios buscaban, por un lado, dispersar los agregados de clases «peligrosas» y, por otro, normalizar su relación con el universo industrial, primero como asalariados, luego como consumidores, girando la operación en torno a una recreación del universo doméstico y su espacio, la vivienda (ver TOPALOV, 1988: 21-34). Es también en los 80 cuando se construye el selecto suburbio ajardinado de Bedford Park, lugar donde se usa por primera vez en Inglaterra el término ciudad jardín.

construcción de la ciudad moderna que deje a un lado, en el lugar que le corresponde, la razón formal que ha dominado con arrogante insistencia y con pretensiones de autonomía el discurso urbanístico hasta empobrecerlo irremediadamente. Una razón que tan buen complemento ha demostrado ser de esa otra apasionada fe que la ideología neoliberal quiere imponernos en el despliegue naturalizado de los agentes y las estructuras económicas. Como si las relaciones de producción, las hegemonías sociales, sus bagajes ideológicos y sus aparatos institucionales de regulación y control aparecieran por generación espontánea, al margen de voluntad alguna. Como si sus pretendidamente ciertos automatismos nos dispensaran de la necesidad de replantear ningún proyecto de ciudad, ni de recuperar el sentido de la vida ciudadana, ni de volver a ese lugar de creación, de confrontación, de invención y de libertad, cuyas funciones y virtudes hoy parecen usurpadas por la «red» según se apresuran a informarnos sus bien pagados profetas.

Hace ya demasiado tiempo que la ciudad, lo urbano, lo cívico, se entremezcla desordenadamente con la «cuestión social» y se confunde con la construcción y conservación de las estructuras económicas tal como son formuladas desde la perspectiva de un determinado modo de producción de la riqueza, hasta convertir ese sujeto social primordial en instrumento de enajenación permanente. Howard intuía que en la vida de ciudad organizada, en sus prácticas cotidianas, en la capacidad de tomar decisiones de sus ciudadanos, en la posibilidad de establecer acuerdos de cooperación económica libres e igualitarios, en la reanudación de los lazos con la sociedad rural liberada y con la naturaleza, residía una fuerza transformadora mucho más potente que la simple capacidad de crear y acumular riqueza; más poderosa que las revoluciones tecnológicas que estaba necesitando urgentemente la industria para superar su modelo en declive. Y me parece que éste es un debate tan imprescindible ahora como entonces y que en los próximos años va a encontrar razones conmemorativas suficientes.

El propio Osborn recuerda otra cuestión —de naturaleza epistemológica, esta vez, pero crucial en el ideario que se va gestando

a finales de siglo— que concierne no sólo a la Ciudad Jardín sino al pensamiento urbanístico en general. Se refiere a la dificultad que tienen las ciencias humanas para aceptar en el plano teórico el papel fundamental de la dimensión espacial de las formaciones sociales (no lo dice con esas palabras, claro está), y que, además de originar numerosas dificultades de entendimiento interdisciplinar, tiene graves consecuencias en el terreno práctico, es decir, en el propio campo experimental que debe avalar la veracidad del supuesto teórico.

3. UN ESPACIO SOCIAL EXPERIMENTAL

El problema genérico de la «ingobernabilidad de la ciudad» —que carecía de implicaciones teóricas precisas y de tratamiento adecuado que no fuera el control policial— podía encontrar una contrapropuesta a condición de admitir que el orden social y la eficiencia económica tuviesen una forma precisa, un orden formal determinado. Se trata sin duda de una cuestión resbaladiza que puede conducir al formalismo más reduccionista como hemos podido comprobar, pero entonces el problema se reducía a encontrar algún modelo válido, y poco se sabía de su complejidad y regularidades. Fue una dificultad que hubo que salvar porque, para el proyecto reformista que se configura hacia finales del siglo, el espacio económico y social iba a jugar (estaba jugando ya) un papel determinante, al menos como instrumento de normalización. Es precisamente esa idea de construir una nueva ciudad industrial (se entiende que más eficiente e igualitaria) y la necesidad de disponer cuanto antes de ese objeto, la que, poco después de la publicación de *To-morrow*, suscita un amplio interés popular (sabemos que no tan popular en el sentido que hoy le daríamos a esa palabra) que conduce a la formación de la *Garden City Association* un año después. En torno a ella se aglutinará pronto un grupo de personajes de la industria y la vida pública, es decir, algunos miembros de la clase hegemónica con las ideas bastante claras que terminan por ensayar en Letchworth su primer intento: Howard y sus socios van a llevar la cultura de la experimentación y el ensayo del prototipo en

la construcción del universo social mucho más acá del ejercicio utopista, aunque para el autor signifique renunciar a los aspectos más queridos de su proyecto.

Letchworth se convierte para muchos en un lugar de peregrinaje, es el ejemplo de la buena reforma. Es el lugar donde confluye uno de los grandes recorridos del viejo pensamiento radical con el nuevo conservadurismo reformador. Es, si se me permite la arriesgada metáfora, la encrucijada en la que la agria polémica intelectual entre Malthus y Godwin, suscitada exactamente cien años antes como un problema científico, filosófico y moral (MALTHUS, 1798) —un bicentenario, esta vez— se convierte en el abrazo pragmático entre Ebenezer Howard y Sir Ralph Neville para resolver un grave problema de construcción de la sociedad industrial (afianzar las relaciones laborales, mejorar el modo de distribución de la riqueza, establecer relaciones con el modo de producción doméstico y con el mundo rural, etc.) a través del alojamiento. Claro que para Howard era una especie de *Gradus ad Parnassum*, un método para alcanzar un estadio superior de la civilización urbana, pero para casi todos los demás era la oportunidad de demostrar que las reformas pasan por algo tan concreto como una determinada organización del espacio social y económico. Es una idea que va a perdurar en la disciplina de forma indeleble, convertida en práctica de concertación y consenso. Lógicamente los visitantes se fijaron más en los estándares de alojamiento y en detalles poco significativos que en la gran empresa a la que apuntaba su creador.

En 1945 Osborn insistía en ver esta ciudad como la fiel realización de la idea de Howard (OSBORN, 1946): industrias prósperas, casas con jardín y amplios espacios abiertos y una vida de comunidad muy animada, esa mezcla perfecta de campiña y ciudad que había soñado, ¿realmente era ese insipido orden industrial el que soñaba Howard? Todavía ofrece esa imagen al viajero que acude a visitarla. Casi todos los habitantes tenían trabajo en el lugar, se mantenía el gran anillo agrícola en su entorno —allí sigue algo recortado—, así como la propiedad unificada y la utilización de los excedentes para el beneficio de la ciudad. Para la economía nacional era algo

muy barato, mucho más que los costes de extensión de las viejas ciudades, y sus condiciones sanitarias muy superiores a las de otras ciudades industriales del país. Además parecía haberse resuelto otro viejo problema, la posibilidad de hacer compatible una empresa colectiva de carácter socializante con el desarrollo de empresas privadas industriales y comerciales.

Pero si el ejemplo había sido un éxito, inexplicablemente no cundió. Osborn calcula que en los cuarenta años que habían pasado desde que Letchworth iniciara su andadura se deberían haber construido 300 ciudades jardín como las que proponía Howard y sólo se habían construido dos. El resto era suburbio, lo que Howard quería evitar; largos recorridos cada vez mayores, destrucción de la campiña, eliminación de la vida ciudadana.

Más aún, en el retrato que Osborn traza en 1945 de la Gran Bretaña que va a iniciar el asalto definitivo a la construcción del espacio industrial fordista, toda la potente dinámica urbanística se concentra en los grandes sistemas metropolitanos, y la descripción no permite imaginar para este despliegue un escenario de Ciudad-Jardín. Osborn influirá para que la industrialización y su espacio productivo siga ese modelo algo retocado, pero no cree que convenga para el espacio de centralidad terciaria que emerge en el corazón de las metrópolis planetarias; esas que ahora forman los nudos de la red decisional-informacional. Es como si se admitiera implícitamente que la Ciudad Jardín puede ser una buena fórmula para vivir y alojar obreros y empleados pero le falta eso que la convertiría en una ciudad genuina, en un centro de creación y difusión. Ese sin duda fue el espíritu que guió su construcción, pero ese no era el proyecto de su autor.

Han pasado cien años durante los que hemos asistido al despliegue de un orden productivo y de distribución que, en los países desarrollados, ha elevado considerablemente la riqueza y que ha permitido poner en práctica ciertos mecanismos de regulación que por un tiempo hicieron creer que, después de todo, Malthus se había equivocado, que el progreso social era posible, que esas desigualdades que nacen de la superpoblación y que anidan asimismo en la naturaleza íntima de los

sucesivos regímenes de acumulación, podían atemperarse. Se han apagado las viejas polémicas sobre el progreso, la perfectibilidad humana, la igualdad imposible, —incluso indeseable por incompatible con el progreso—, ahogadas bajo gruesas capas de pragmatismo, bajo finas y tupidas redes de instituciones públicas y privadas de concertación, desplazando el foco de lo colectivo a lo individual (centro de necesidades y satisfacción), vaciando a la sociedad local, la ciudad, de contenidos en beneficio de estructuras económicas y superestructuras ideológicas globales, una especie de bloque histórico planetario fuera del cual y de sus circuitos de flujos no cabe la creación, la innovación, la libertad ni, desde luego, igualdad alguna por más relativa que pueda y «deba» ser.

Mientras se instala definitivamente el mito de que fuera de la red no hay salvación, aunque las garantías escaseen en su interior; mientras algunos fundamentalistas que quieren confundir la inteligencia de las cosas y el conocimiento con el basurero informacional acumulativo ven en ella una nueva fuerza de producción superior, nosotros podemos suspender nuestra mirada de internautas virtuales, de elementos fragmentarios del agregado económico global y tratar de recuperar el cuerpo a cuerpo como ciudadanos. La ciudad tiene que volver a ser un territorio fronterizo, un lugar de exploración, un espacio de aventuras del que la Ciudad Jardín se nos presenta como uno de sus viejos cuadernos de bitácora. Y como no se trata aquí de otra cosa que de hojear algunas de sus páginas y otras que vengan al hilo de su discurso y puedan resultar evocadoras, voy a tomarme la libertad de elegir las a mi aire y entretejerlas con libertad para intentar componer un tapiz que

despierte, si es posible, la inquietud y, por qué no, cierto interés ilusionado.

4. MALTHUS, LA IGUALDAD Y LOS LÍMITES DEL PROGRESO.

No fue Malthus el primero que enfrentó el crecimiento de población con la igualdad, sino un optimista al que conocía bien y que, al contrario que él, creía en la posibilidad de una sociedad igualitaria. Robert WALLACE, en su *Various Prospects of Mankind, Nature and Providence*, publicada en 1761, defendía que las condiciones creadas por el buen gobierno favorecerían el crecimiento de población. Como en otras épocas este problema se podría resolver al principio creando colonias, pero más adelante habría problemas de abastecimiento; la sombra de Roma era alargada y la historia siempre acaba por seguir sus grandes e inevitables leyes.

Malthus —que parece inaugurar esa versión de la economía que la convierte, en palabras de Carlyle, en «*dismal science*»— nunca se engañó respecto a las posibilidades de construir una sociedad más perfecta y más igualitaria y no tuvo inconveniente en corregir el entusiasmo que el propio Adam Smith manifestaba ante las ventajas universales del desarrollo expansivo del capitalismo (MALTHUS, 1798, cap. XVI). La miseria se convierte para Malthus en el operador indispensable que ajusta población y subsistencia, una necesidad de la que paradójicamente nace la prosperidad pública y que constituye una ley natural (6). Se trata de un conflicto entre infortunio y equilibrio, entre moral y ciencia, que un hombre de religión y persona bondadosa, como él, se vió en la obligación de conciliar con la existencia de un dios benévolo y poderoso, hasta llegar

(6) «*Necessity, that impetuous all pervading law of nature, restrains them within the prescribed bounds*». A. Smith ya había señalado en su *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (Capítulo VIII del primer libro) que cada especie de animales se multiplica de forma natural en proporción a sus medios de subsistencia, refiriéndose a la regulación del tamaño de la población mediante el salario, pero no había imaginado el conjunto de automatismos y de consecuencias que Malthus explora, ni desde luego que de esa necesidad se derivara beneficio ni progreso alguno. Darwin confiesa en su Autobiografía que esa idea, tomada del capítulo V del *Essay*, le había inspirado el mecanismo de formación de nuevas especies, pero su influencia fue mucho más amplia porque Malthus habla de conductas sujetas a leyes naturales (no de genética) y de ellas se deduce un estricto código moral:

no a las «*Poor Laws*» (proteger a los pobres es aumentar su número y por tanto su sufrimiento), abstinencia, frugalidad, sobriedad y responsabilidad, que constituyen el conjunto de valores de la nueva burguesía, y algunas leyes científicas: la existencia de ciclos reguladores que dimensionan de forma conjunta y oscilante los contingentes de asalariados, las cuantías de los salarios, los precios de los alimentos, las prácticas de reproducción y las mejoras de los medios de subsistencia, o esa otra que establece el principio de conservación del status social como restricción del crecimiento de población. El *Essay* es sin duda uno de los grandes textos del pensamiento contemporáneo en el que conviven los conceptos más queridos por el liberalismo más duro con los principios reguladores de los límites del desarrollo. No cabe duda de que merece otra visita.

a convertir esa «ciencia sombría» en una teodicea: el mundo no es más que un proceso mediante el cual Dios forma la mente (el espíritu) a partir de la materia. Este proceso debe estimularse y nada más estimulante que el horror creado por la necesidad para que se agudice la inteligencia.

No es necesario insistir en la pervivencia de esta idea que alimenta esa vena espiritualizada del capitalismo moderno que centra en la innovación toda su fuerza motriz espoleada por la escasez permanente, aunque Malthus tenía su fe puesta en un mundo agrario y no confiaba que ningún desarrollo industrial urbano pudiera mejorar la condición de los pobres, ni mejorar indefinidamente la productividad de la tierra. Sin embargo, lo que me interesa recordar ahora son dos aspectos contrapuestos de su obra que hoy hemos reconciliado, gracias, entre otras, a ideas como la de Ciudad Jardín. El primero es la ruptura definitiva con las corrientes optimistas sobre el progreso indefinido de la raza humana, y en especial sobre su capacidad de crear sociedades más justas y equitativas, que en el continente habían defendido casi todos, desde Turgot hasta Condorcet, y que en Gran Bretaña habían inspirado obras como la de William Godwin (7). El segundo es que propone, frente a ese progreso y crecimiento ilimitados que anuncian esos «irresponsables» progresistas, la idea —hoy diríamos ecologista y sostenible— del límite de la capacidad de la tierra.

5. GODWIN Y LA PLENITUD.

La separación entre un *stablishment* científico (una cultura oficial), que se dicta desde las cátedras de Oxford y Cambridge, y

las academias disidentes, desde las que emergía el pensamiento heterodoxo, va a labrar una estimulante lucha intelectual a lo largo de todo el siglo, de la que en parte se alimenta la ciencia, el progreso industrial y la ideología política que acompaña al nuevo desarrollo productivo y a la formación de sus alianzas de clase. Baste recordar que Wedgwood, Priestley, Wilkinson y el propio Watt —que van a protagonizar, entre otros, el nacimiento del nuevo universo industrial— proceden de ese mundo radical y que serán patronos industriales convertidos al reformismo los que volvamos a encontrarnos en el experimento de Letchworth.

Esto es importante porque una de las críticas que Malthus hacía del sistema progresista de Condorcet (MALTHUS, 1798, cap. IX) era su carácter teórico: no se pueden someter los hechos al sistema sino deducir éste de aquellos. Así era desde que Boyle institucionalizara el experimento y la comunidad de sabios para dar fe pública de su autenticidad. Pero precisamente era el experimento el que separaba el mundo natural y la ciencia, del mundo social y la política. Es evidente que esta crítica había calado en la oposición radical porque todos estos inventores y líderes industriales ponían delante el hecho, lo experimental y comprobable, y habían hecho del prototipo una cultura fundamental de su nuevo universo productivo que ahora, haciendo caso omiso de la advertencia, querían trasladar al campo de las relaciones sociales (8).

No puede decirse seguramente que el libro de Godwin, el anarquista racional y librepensador sobre el que el venerable Malthus arroja sus dardos, inaugure la corriente radical británica pero sí que lo convierte en uno de sus patriarcas. Esa obra le transformó en una brillante estrella fugaz

(7) GODWIN, W (1793), es uno de los textos contra los que arremete Malthus. Godwin resume en su propia biografía muchas de las circunstancias y contradicciones en las que se desenvuelve la cultura radical. Casado en 1797 con Mary Wollstonecraft autora de *A vindication of the Rights of Woman*, sin duda el primer texto feminista, y padre de Mary Shelley, la autora de *Frankenstein*, vivió durante años dependiendo de los recursos que le proporcionaba su yerno el poeta y terminó sus días disfrutando de una pensión del Estado de 200 libras, del mismo Estado al que había considerado desde sus posiciones anarquistas como «that brute engine».

(8) Malthus mantiene el carácter natural de las leyes que rigen las sociedades humanas al tiempo que desaconseja firmemente cualquier ensayo sobre su organización que no va a aportar nada a la larga, puesto que todo volverá a su orden

natural (desigual) y va a originar efectos desastrosos a corto plazo: «The lower classes of people in Europe may, at some future period, be much better instructed than they are at present; they may be taught to employ the little spare time they have in many better ways than at the alehouse; they may live under better and more equal laws than they have ever hitherto done, perhaps in any country; and I even conceive it possible, though not probable, that they may have more leisure; but it is not in the nature of things that they can be awarded such a quantity of money or subsistence as will allow them all to marry early, in the full confidence that they shall be able to provide with ease for a numerous family» (MALTHUS, 1798, cap. XIV). Sería precisamente el desarrollo económico el que contribuyera a disminuir drásticamente la tasa de natalidad, pero en lo referente a la seguridad y la igualdad no se le puede rebatir.

que dejó una huella profunda en su generación, y no sólo entre los poetas rebeldes, sino entre pensadores como Koprotkin, o como el propio Marx a quien (metido a profeta) le sugirió esa visión del paraíso que debería suceder a la revolución. Era un texto nacido como respuesta a las *Reflections on the Revolution in France* de Edmund Burke que sentaba, él sí, las bases del conservadurismo británico, condenando el pensamiento radical.— jacobino se decía también entonces en Gran Bretaña— y todas las ideas de la revolución francesa.

6. EL GOBIERNO DE LA CIUDAD COMO PARADIGMA

Pero lo que me interesa destacar es que ese pensamiento radical no es sólo una alternativa, enfrentada al *establishment* — que alimenta ideológicamente el proyecto de una nueva alianza pequeño-burguesa que inicia su ascenso hegemónico apoyada en una nueva forma de producción y que lucha con sólidas estructuras de poder seculares organizadas, en lo económico, en torno a la renta de la tierra para instalarse en su lugar— sino una manera diferente de concebir el gobierno y la organización social. Propugna un nuevo sentido de lo local que en gran medida recuerda la eclosión urbana que, a partir del siglo XI, había ido inundando Europa con una constelación de ciudades florecientes surgidas entre las ruinas del imperio romano y sus ensayos de reconstrucción posteriores, y que en el siglo XIV había visto crecer en Inglaterra esas *villages* que Morris adoraba. La necesidad — y, desde luego, la posibilidad— de implantar un modelo organizativo más perfecto lejos del estado moderno está en la base de este discurso y ésta va a ser seguramente la razón de la airada réplica de Malthus: *self-love* frente a benevolencia y solidaridad, leyes naturales frente a modelos organizativos perfeccionistas, libertad completa (de las leyes naturales) frente a regulaciones institucionales, o intervenciones

voluntaristas, agricultura frente a manufactura (9), campo frente a ciudad. Red frente a ciudadanos podríamos añadir ahora; parece que los ecos de esa disputa no se van a pagar jamás.

Por el contrario, la nueva fe humanitarista intenta sustituir el bloque histórico que gobierna desde el estado, con su poder de coerción, y apoyado en la economía de la tierra, por una constelación de grupos sociales configurados en torno a un proyecto de convivencia, de cooperación, de solidaridad, reunidos para el gobierno y la administración de las ciudades. La igualdad es el tema principal de la filosofía de Condorcet y de Godwin, y sus enemigos son las viejas instituciones humanas, en especial las regulaciones políticas y jurídicas de la propiedad. Godwin quería liberar el espíritu desde la plenitud material, justo lo contrario de lo que pensaba Malthus que sólo podía imaginarlo surgir de la miseria. Esa idea del grupo social local autogobernado con sus necesidades bien cubiertas y su economía integrada será una de las ideas básicas que Howard va a incorporar a su proyecto, y no es casual que termine cobrando cuerpo bajo la estética que Morris ha elaborado, y que el modelo urbano sea, precisamente, esa ciudad medieval emergente de comerciantes y artesanos que Unwin tanto admiraba y que se parece bastante a la descripción que Malthus hace irónicamente del mundo feliz de Godwin (10).

Y sin embargo el modelo urbano de partida que Howard había dibujado —y que describe y presenta como un diagrama en su libro— era bastante diferente, y es que a diferencia de otros radicales británicos, Howard había pasado una larga temporada en USA y allí el ambiente cultural era otro, como eran otros el escenario urbano y los procesos de desarrollo en curso. Allí no existían bloques históricos que hubieran madurado durante siglos (11), aunque sí había grupos hegemónicos locales más modernos que, por esas fechas, ya habían puesto una de sus bases económicas en la máquina inmobiliaria. Incluso los problemas

(9) Reconocía que la manufactura había contribuido a liberalizar las relaciones salariales incluso en el mundo agrario sujeto a la dependencia hasta entonces.

(10) «There are not towns sufficiently large to house any prejudicial effects on the human constitution. The greater part of the happy inhabitants of this terrestrial paradise live in

hamlets and farm-houses scattered over the face of the country. Every house is clean, airy, sufficiently roomy, and in a healthy situation. All men are equal.» (MALTHUS, 1798, cap. X). Malthus también tenía sentido del humor.

(11) Sus variantes transplantadas desde la metrópoli se las había llevado el viento de la guerra civil.

de crecimiento habían seguido un curso completamente diferente. Malthus reconocía que en USA la población podía crecer libremente y que en 25 años se había duplicado (esa es la ratio geométrica que utiliza) (12). Sin embargo, en el último cuarto del siglo XIX las fronteras habían llegado a su límite, el proceso de colonización se había agotado, la curva de expansión entraba en su tramo asintótico y esa presión sobre la tierra se trasladaba a las rentas agrarias y urbanas. Henry George podrá plantear el problema de la renta de la tierra, al menos en el plano teórico, al revés de como se planteaba en Gran Bretaña, o sea, desde la perspectiva de un bloque de poder dominado por el capital financiero e industrial, para el cual esa renta es una extorsión, aunque en ocasiones tendrá enfrente la *Growth Machine* local: una alianza para el crecimiento en la que se mezclan los intereses inmobiliarios con los del desarrollo industrial y comercial y naturalmente con el capital financiero asociado. De hecho, el pensamiento urbanístico americano quedó profundamente adscrito a la idea de crecimiento ilimitado que aún perdura en su teoría del *Urban Regime* manteniendo ese escenario «colonial» y el mismo interés por la lógica de los agentes locales.

Había además otra cuestión que tenía que ver con el grado de autosuficiencia de las economías locales y el carácter integrador de las nacionales y que, desde aquellas discusiones propias del siglo XVIII, había variado notablemente gracias al desarrollo de los medios y las infraestructuras de transporte. Howard piensa en una red de ciudades bien trabada que cubre el territorio y que acaso sustituye al Estado del que prefiere no hablar. En el primer escalón, el local, se articula el universo doméstico con la producción industrial y agrícola, resolviendo al mismo tiempo el viejo problema de la renta de la tierra que él convierte en una cuestión de gestión del territorio, de gestión de la ciudad. En el escalón superior, la red de ciudades materializa el gran espacio mercantil extendido. Howard había leído un

artículo de Alfred Marshall (MARSHALL, 1884) (13) según el cual era posible y aconsejable, en aquel momento en Gran Bretaña, una descentralización de la actividad industrial y de sus poblaciones obreras asociadas gracias a la red de ferrocarril existente. Eso permitiría huir de los precios altos de los terrenos en los bordes de las metrópolis y construir más lejos, en unos terrenos cuyo valor subiría después de la colonización y cuyas rentas podrían recuperarse socialmente, desde el principio, en una suerte de «especulación filantrópica». Pero Marshall no era precisamente un radical y ya hemos visto que, aunque Howard no lo sospechase, había en esa propuesta una compleja jugada a varias bandas (véase nota 5).

7. LA CUESTIÓN AGRARIA Y LA CIUDAD INDUSTRIAL

Está claro que Howard no era un intelectual, su conocimiento de las ideas optimistas de los Filósofos, incluido Godwin, era el que había pasado al patrimonio colectivo de los grupos inquietos de la sociedad a través de la actividad de clubes como la *Zeetetical Society* a la que perteneció y donde trabó amistad con personajes como Bernard Shaw que iba a ser un ferviente defensor de sus ideas. Allí también debió entrar en contacto con las ideas económicas de Stuart Mill que se lamentaba de los escasos avances realizados en la distribución equitativa de la riqueza y con las ideas sociales del joven Spencer, que propugnaba la nacionalización de la tierra antes de condenar cualquier colectivismo y convertirse en un individualista empedernido. Seguramente allí conoció los automatismos evolutivos de Darwin y Huxley que consagraban la idea de organismo; unos organismos que materializaban siempre la elección más adecuada; los mejores. Allí le llegaron los pormenores de la vieja polémica que enfrentaba al universo rural con el universo industrial que pretendía abrirse paso desde el siglo XVIII y que tarde o temprano

(12) (MALTHUS, 1798, cap. II). Donde ha y libertad (recursos suficientes) el poder de crecimiento se ejerce.

(13) Es el autor más citado por Howard en su libro, utilizando incluso uno de los párrafos de este artículo como exordio de su capítulo tres.

deberían encontrar la forma de fundirse en un sólo bloque renovado. Posiblemente fue allí donde conoció las ideas que Koprotkin expresa en 1888 sobre la integración del trabajo agrícola e industrial. El imaginó todos esos encuentros en su ciudad.

La cuestión agraria había quedado anclada en el pasado rehén de una propiedad aristocrática que no quería hablar de reformas. Ni siquiera Malthus, acuciado por las necesidades crecientes de alimentos, las había considerado necesarias porque hubieran alterado sin duda el orden social y sus jerarquías sagradas y necesarias (14). Claro que a cambio Malthus proponía nuevos desarrollos agrícolas, la extensión de las tierras de cultivo y, en uno de los rasgos más reaccionarios, y lúcidos, de su discurso, la eliminación de las asociaciones gremiales de artesanos y manufactureros porque, según él, defendían mejores salarios y eso perjudicaba la producción agraria situándola en una banda salarial inferior.

Frente a esta dura resistencia, Howard levanta la necesidad optimista de transformar estos mundos para reconciliarlos. Es una propuesta que en su texto se va a expresar de una forma ingenua, pero medular a través de la alegoría de los tres imanes, rescatando las ventajas —las virtudes sociales, como en la vieja fórmula romana— de uno y otro. Se manifiesta así la profunda necesidad de resumir, de refundir en una sola configuración de poder nueva en torno a un régimen económico de acumulación que sepa corregir y combinar los dos modos principales entre sí, y con el modo doméstico que ya ha revelado su papel fundamental, creando un espacio económico y de poder político nuevo en la ciudad. La Ciudad Jardín no es más, ni menos, que ese proyecto de reunión; es la confianza de que lo verdaderamente urbano es precisamente ese modo de vida resumen de los otros y de sus modos de producción históricos que se transforman para fundirse, heredero de sus formas y sus culturas plurales, necesarias y complementarias.

El problema fundamental era que el

mundo industrial carecía de un modelo seguro y estable y el modo ensayado hasta entonces estaba sujeto a profundas transformaciones. Era necesario crear un mejor sistema de control de los precios que diera garantías a las inversiones, así como introducir mejoras tecnológicas que sólo podrían materializarse si mejoraba la capacidad de inversión. Era imprescindible la implantación progresiva de relaciones salariales fijas y mecanismos de regulación que permitiesen un mejor y más extenso acoplamiento entre producción y consumo, y, por lo que a nosotros interesa, un nuevo espacio social y económico: el barrio y la fábrica. La crisis estaba servida.

8. SOBRE LA HISTORIA DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL

En relación con esta apasionante cuestión que sigue en pleno debate me permito incluir un breve paréntesis para presentar algunos de sus aspectos estructurales, aunque sea de forma muy resumida y un tanto esquemática, porque pueden contribuir a iluminar el escenario en el que se mueve esta búsqueda.

Según la visión regulacionista que trata de comprender la historia del capitalismo como una sucesión de configuraciones más o menos estables de un «régimen de acumulación» y un «modo de regulación» asociado, se trataba inicialmente de un régimen extensivo regulado con un modo competitivo (véase AGLIETTA, 1979; BOYER, 1986). Es decir, estaba basado en trabajo artesanal, con horizontes a corto plazo, con limitaciones en la formación de capital fijo que a su vez dificultaba la inversión productiva y la innovación y dominado por la plusvalía absoluta, o sea, por lo que excede el coste de producción material, o dicho de otro modo, sobreexplotando la mano de obra con jornadas prolongadas y trabajo intensivo. Su modo de regulación era competitivo, pero más en el sentido de una falta real de instituciones que moderasen la competencia

(14) Las grandes intervenciones agrarias se habían reducido desde 1760 a 1815 al *Enclosure Movement* que había consistido sobre todo en privatizaciones de tierras comunales mediante Actas del Parlamento que habían empobrecido el patrimonio municipal aumentando el de los terratenientes y que no siempre

habían tenido como consecuencia mejoras en los aprovechamientos agrícolas, aunque Malthus dice que el resultado era globalmente positivo. Es en todo caso lo contrario de lo que Howard va a proponer siguiendo una corriente radical que, como hemos visto, enfrenta la renta de la tierra con el progreso.

salvaje de precios y salarios; dominado por los gremios que suponían dificultades para la innovación tanto tecnológica como en la organización de los procesos de trabajo. Un sistema que sólo podía ser viable en un escenario de expansión colonial o unido a la formación del imperio.

Si unimos la alta competitividad con la sobreexplotación el resultado son salarios bajos y fuertes limitaciones al consumo que bloquean el circuito de retorno de la acumulación de capital; la reproducción se apoya en la economía doméstica y en recursos no mercantiles. De hecho hay fuertes restricciones que proceden de las relaciones mal resueltas entre el capital y su entorno no capitalista, especialmente con el capital rentista agrícola y con el inmobiliario. De las dificultades para constituir capital fijo e innovación tecnológica se derivaban limitaciones para el surgimiento de plusvalías productivas, es decir, para la aparición de la fábrica moderna y sus nuevos procesos de trabajo que iban a transformar radicalmente nuestro mundo. Resumiendo, era un modo que tenía bloqueado tanto el «departamento I» (bienes de producción) al tener bloqueada la innovación y la formación de capital fijo productivo, como el «departamento II» (bienes de consumo) por la sobreexplotación y la reducción de la masa salarial.

Así pues construir y regular el universo del consumo de forma masiva (para amplios grupos de la sociedad) y crear la fábrica moderna podrían sintetizar los dos grandes objetivos que iban a conducir al nacimiento de un nuevo régimen de acumulación intensiva (basada en el desarrollo de los medios de producción, en la innovación, en las plusvalías productivas) que no precisaba sobreexplotar al trabajador, acompañado de un modo de regulación monopolista que establecía controles de precios, de salarios y definía el patrón de consumo familiar masivo y la forma de vida, y que acabaría por introducir instrumentos de redistribución de la renta (el *welfare*). Es ese tránsito de un modelo a otro el que serviría de escenario al proceso de creación de la Ciudad Jardín.

Sin embargo, frente a estas teorías hay

otras que siguen manteniendo la existencia de leyes más o menos constantes que recorrerían el proceso histórico de transformación del capitalismo y que ven muchas dificultades para explicar el paso de una a otra de esas configuraciones estables que describen los regulacionistas (véase BRENNER & GLICK, 1991). Para este grupo de críticos, la innovación y la competitividad no sólo no son incompatibles sino que vienen de la mano y estarían presentes desde el principio como el motor principal de la evolución, animadas del deseo de obtener más beneficio. Por otra parte los hechos parecen demostrar que en los 80 ya había fuertes concentraciones de capital productivo (otra ley) y se estaban gestando los primeros monopolios bajo la forma de sociedades por acciones, animados por nuevas técnicas y facilidades financieras. La novela de Bellamy (BELLAMY, 1888) que tanto va a influir en Howard también testimonia esta realidad.

Seguramente habría que tratar de reunir estas dos visiones, porque si bien parece claro que existen leyes de largo recorrido, también es evidente que existe un medio regulador y configuraciones más o menos estables. Además es indudable el papel estabilizador y yo diría que hasta catalizador que tienen la construcción del espacio social y económico que acompaña tanto a las transformaciones del modelo productivo como a sus periodos de estabilización (15). Los regulacionistas dicen que el tránsito de un modelo a otro se hizo mediante la introducción del consumo de masas que termina por arrastrar a la producción y con ella las innovaciones y la aparición de la fábrica moderna y sus producciones seriadas, masivas y baratas. El papel del espacio urbano y su complejo inmobiliario asociado con sus numerosas variantes locales e institucionales que emerge en estas fechas precediendo al cambio de modelo productivo, está por establecer, pero parece que fue importante y que él también sufrió una profunda transformación. Nada menos que dejar de ser ese lugar en el que se organizaban diversas modalidades de reducción del coste de reproducción de la fuerza de trabajo basadas en economías no mercantiles, para

(15) El intento de comprensión más integrador en marcha consiste en unir la visión estructural de los regulacionistas con la visión local del *urban regime* (véase MOLOTCH, 1976; STONE,

1993) y la revisión neogramsciana de las configuraciones de poder (véase JESSOP, 1997). Para conocer estos ensayos de integración véase LAURIA (1997).

convertirse en el lugar que junto a la fábrica va a codificar el orden del nuevo universo, y va a contribuir poderosamente a normalizar conductas y pautas de consumo. En USA el papel de las alianzas por el crecimiento dentro de cada ciudad hace difícil separar el nacimiento del capital industrial, financiero e inmobiliario. En Gran Bretaña, Portsunlight o Bournville, tan directamente relacionados con la construcción de la primera Ciudad Jardín, son dos buenos ejemplos, aunque de dimensiones muy reducidas, de cómo se vincula la aparición de la fábrica moderna con la normalización del nuevo espacio social de habitación y de los bienes de consumo. En realidad, el proyecto de Howard adquiere pleno significado en esta encrucijada, aunque él lo planteara como vehículo de autonomía y liberación.

9. UN NUEVO MODELO NECESARIO

La nómina de autores que pesaron sobre Howard es corta como él mismo reconoce y como se deduce de su texto. Corta pero hoy diríamos que bien elegida. Claro que el complejo mundo victoriano, y aún más en esta fase crítica, ofrece un campo de investigación ilimitado para seguir esa pugna de fondo a la que me he referido, para explorar el nacimiento del nuevo modo de vida en el seno de una formación social modelada profundamente sobre los patrones del antiguo universo agrario, incluida la primitiva industrialización difusa. Un magnífico campo para rastrear el nacimiento del complejo regulador que en el ámbito municipal (que va a resultar muy fortalecido en el proceso) y estatal va a reelaborar los mecanismos de construcción de las nuevas metrópolis emergentes, su nuevo espacio social. Pero hemos quedado en que Howard no era un intelectual y seguramente gracias a eso tuvo la capacidad de resumir que a otros les faltó y de proponer un proyecto que otros no pudieron, perdidos en la maraña instrumental que se estaba creando, en el laberinto inmobiliario que invade el periodo (16).

(16) Desde luego no era el *clerk* que Forster describe en *Howard's End*, y que tanto enfurece a Osborn que acusa despectivamente al «*Bloomsbury*» cult de alimentarse de ignorancia respecto a la gente corriente (véase carta a Mumford de 11 de Enero de 1966 en MUMFORD & OSBORN, 1971).

(17) Howard inicia su texto afirmando que ésta es la única

La Ciudad Jardín es seguramente el último gran paradigma urbano que expresa de forma más o menos consciente el nacimiento de la compleja y tambaleante sociedad industrial sobre el solar bien custodiado de la vieja civilización agraria. Y me parece que tiene muy poco de utópica o de idealista como no sea que tomemos como tales sus numerosas ingenuidades. Pero esas ingenuidades, producto de la falta de comprensión de muchas de las cuestiones implicadas en aquel momento pueden mantener hoy, cien años después, su estatus, porque nuestra comprensión sigue siendo muy limitada cuando no cargada de prejuicios. Aclarar estos procesos sigue siendo una tarea apasionante por realizar.

La cultura radical sí era partidaria de las reformas agrarias. Soñaba, igual que Augusto dos mil años atrás, con crear una clase de pequeños granjeros prósperos e independientes que conservaran para el futuro las virtudes de la vieja sociedad, dejando a un lado sus numerosos defectos. En la Inglaterra victoriana tardía esos nuevos campesinos podrían muy bien proceder de los mismos efectivos que se habían visto obligados a abandonar sus campiñas años atrás, hacia las grandes ciudades, en busca de subsistencia. En realidad se trataba casi de un clamor popular del que Howard se hace amplio eco en el prólogo de su obra citando numerosos autores y medios de comunicación (17). Todo dependía de encontrar la forma adecuada para realizar ese rescate, ya que no se podía recurrir a las expropiaciones como había hecho Augusto, aunque esta idea tenía sus incondicionales. En este aspecto se podía contar con los sectores reformistas de la nueva clase de patronos industriales ya que para ellos significaba, al mismo tiempo, desmontar los reductos de resistencia que se habían creado en los suburbios metropolitanos y la posibilidad de remodelar el nuevo orden social de forma más adecuada.

Los radicales también eran partidarios del capitalismo social, aunque su visión de esta

cuestión social que pueda reunir a todos: «*It is wellnigh universally agreed by men of all parties, not only in England, but all over Europe and America and our colonies, that it is deeply to be deplored that the people should continue to stream into the already over-crowded cities, and should thus further deplete the country districts.*» (HOWARD, 1898: 4).

fórmula demostrara mayor interés por los circuitos de distribución que por la producción misma. Es una constante del discurso progresista que siempre ha preferido no ver contradicciones en las relaciones de producción y creer más en la especulación y en los abusos del mercader. Creían que el cooperativismo podía reducir las distancias entre trabajador y patrón, es decir, entre las clases, de manera que el capitalismo privado se enfrentaba con el social o colectivo en una suerte de contradicción de tono menor. Las ideas anarquistas de Godwin y de Koprotkin habían prendido bien y se esperaba una evolución natural hacia un estadio superior de organización apoyado en la cooperación, en cuyo proceso no se podría contar con el estado ni con otros grupos de poder, sindicatos incluidos. Todo lo cual había conducido al movimiento cooperativo a una fuerte fragmentación y al localismo. Cada uno de esos aspectos parecía claro, aunque se entendía mejor el problema de la agricultura que el de la industria, pero faltaba un modelo a seguir que resumiera la nueva forma de vida dando respuestas a todas estas cuestiones. Faltaba un proyecto de amplio espectro, una organización que resolviera a un tiempo el problema en la pequeña y en la gran escala.

10. BELLAMY, LA CITY BEAUTIFUL Y LA CAMPIÑA INGLESA

Seguramente por eso el libro de BELLAMY (1888) tiene el éxito arrollador que tan mal se corresponde con sus cualidades literarias. Es posiblemente una de las novelas más aburridas que se hayan escrito, pero tuvo un poder de seducción indiscutible porque trazaba un escenario de capitalismo social que cubría tanto la producción como la distribución, y lo hacía a escala nacional que es la dimensión verdadera que exige el nuevo modo de producción. Ha pasado la época de

las *Victoria* de Silk Buckingham, de las *Hygeia* de Richardson. De nada sirve crear objetos testimoniales de excepción, suspender las leyes generales para que pueda existir dentro de sus fronteras acotadas una experiencia irreplicable, en un universo que se mueve con otra mecánica. Ha pasado la época de aislar ensayos exóticos como demostraba el reciente fracaso de la colonia de Topolobampo (18). Es necesario implicarse en la realidad hasta el fondo. Howard lee la novela y queda cautivado por el proyecto global que incluye. Sin embargo, el Boston que describe anuncia mucho más los pormenores de la *City Beautiful* (19) que el organismo medieval que finalmente recrea Unwin. Bellamy no tiene viejos modelos medievales que imitar ennoblecidos por la nostalgia. Ha visto cómo los agentes que dirigen el desarrollo de las ciudades americanas, pugnan por dotarlas de grandes parques y buenos edificios que constituyan su mejor tarjeta de presentación y levanta un monumento urbano moderno a la sociedad cooperativa: su ciudad es la obra más hermosa creada por el hombre, también la más útil y la más justa. En ese nuevo orden no hay rastro de la polémica sobre la tierra. Bellamy está obsesionado por crear el nuevo y solidario ejército industrial y acuartelarlo confortablemente bajo cúpulas doradas.

11. LA RENTA DE LA TIERRA, INEVITABLEMENTE.

Sin embargo, la tierra y la renta son, pese a todo, el núcleo de un debate fundamental que en cierto modo se resume de manera práctica y un tanto esquemática en el proyecto de Howard, y que sigue presente en nuestra percepción de los problemas urbanos actuales, después de haberlo transformado en el problema del suelo. Los fisiócratas argumentaban que sólo la tierra produce renta, es decir, da más de lo que recibe,

(18) Todas estas propuestas son citadas por Howard.

(19) Se admite que la presentación oficial de esa variante de la ciudad promocional (*entrepreneurial city*, diríamos ahora) que alientan desde mediados de siglo los grupos locales vinculados al crecimiento y desarrollo de las ciudades americanas y que refleja una dura competencia entre ellas, tiene lugar en la Exposición Universal de Chicago de 1893. En esta ocasión la ciudad industrial se pone los ropajes del mundo

clásico buscando en él su legitimación como solución universal muy lejos del mundo medieval de Morris. Este movimiento que va a centrar sus esfuerzos en lo que hoy podríamos denominar 'proyecto urbano', es decir, en el orden de la edificación y en los edificios que componen el aparato institucional y social del gobierno de la ciudad, viene a prolongar y a ampliar el *Park Movement* cuyo origen antiurbano ha sido reconducido para servir los intereses de la *agency* local.

mientras que el trabajo manufacturero es improductivo. Pero Malthus va más allá y afirma que éste, no sólo no añade nada al producto de la tierra sino que consume una parte del mismo, la que necesita para alimentar al trabajador (MALTHUS, 1798, cap. XVII). Y ese juicio le sirve para enfrentar la producción social con el beneficio individual, el universo de las ciudades con el mundo rural (20). Pues bien, esta visión tan clara ha conocido una profunda transformación a lo largo del siglo XIX que ha llegado a invertir las relaciones, terminando por enfrentar la renta de la tierra con el interés social, es decir, con el bien público.

Probablemente sea éste el cambio más importante producido en la concepción de las leyes económicas durante ese periodo, un cambio que ha visto nacer una cultura del valor independiente de las leyes de la naturaleza. La renta de la tierra ha pasado de ser la única fuente de riqueza legítima a convertirse en el principal enemigo de la riqueza y el progreso. Como hemos visto más arriba, para Henry George —a quien Howard conoce en Londres y cuya influencia fue también muy poderosa en el mundo radical del final de siglo— sólo existe enfrentamiento verdadero entre la renta de la tierra que imponen los terratenientes por un lado y el capital y el trabajo por otro que, como se acaba de señalar, sólo mantienen conflictos secundarios entre sí; algo en lo que coinciden con el reformismo patronal, socio en su enfrentamiento con la vieja aristocracia en cuyas manos sigue todavía concentrada la propiedad de la tierra.

Es legítimo pues imponer un mecanismo para recuperar para la sociedad esa exacción que obtiene el terrateniente de forma injusta y que se ha visto espectacularmente incrementada con el rápido crecimiento urbano. Por extensión, hoy día, diríamos que es legítimo imponer un mecanismo de recuperación de las plusvalías obtenidas en el proceso de desarrollo de la ciudad que pueda revertir en el beneficio de la colectividad que genera ese desarrollo. Henry

George propone la «tasa única» para recuperar toda la renta de una vez (GEORGE, 1880). Es una medida que recluta fervientes adhesiones en el mundo radical, pero que Howard encuentra poco viable y que va a sustituir por un operador intermedio, para no enfrentarse directamente con un grupo social tan poderoso. Howard prefiere usar las propias leyes de sus antagonistas, convertir a la ciudad en empresa, en propietaria y en gestora de las rentas para beneficio de todos. Es el espíritu que ha animado en gran medida nuestra legislación urbanística, y es una de las cuestiones claves en la propuesta de la Ciudad Jardín. Howard se adelanta a la concepción del gobierno urbano moderno (*governance*); ve la ciudad como una gestora empresarial, con sus mismos métodos, con su misma eficiencia, admite todas las modalidades productivas pero piensa que se decantará finalmente la fórmula cooperativa como la más eficaz. Tiene fe «darwiniana» en la evolución hacia lo mejor (algo que en realidad nunca defendió el propio Darwin); sigue creyendo firmemente en la fuerza de lo cívico, en que la ciudad prevalecerá. Frente al Estado de Bellamy, él confía más en la ciudad.

12. EL ESPÍRITU CIUDADANO Y LA CIUDAD COMO LUGAR DE ACUMULACIÓN

A Bellamy le basta con despertar a Mr. West de un largo sueño de cien años y encontrar que el mundo es otro. Se evita así la complicada tarea de explicar cómo se ha realizado la transición, probablemente es que la transición no parece tan complicada en el nuevo mundo americano que puede modelarse con gran autonomía respecto a la herencia de la metrópoli británica, pero Howard no ha escrito una novela ni ha fundado una sociedad para difundir una creencia, ha escrito un manual para llevar a la práctica un cambio; él sí vive en un mundo organizado sobre vetustas estructuras que

(20) Cree que el trabajo en el comercio y las manufacturas es muy productivo para los individuos (se pueden hacer grandes fortunas), pero no lo es para el Estado (para la colectividad) porque no contribuye a aumentar los recursos alimenticios de la nación, ni la felicidad de sus habitantes más pobres. En realidad constataba que la producción manufacturera en la época iba destinada al consumo de los

ricos y que la mano de obra empleada en ella no producía su ración de alimentos. Mientras el consumo de la producción manufacturera no fue parte sustancial de la «felicidad» de todas las clases sociales no pudo legitimarse como producción real con todos los atributos de que gozaba la vieja producción agraria. De ahí también el papel jugado por el consumo en la transformación de la cultura del valor.

han resistido todos los vendavales. No ha ideado un orden final, se ha marcado unos objetivos y confía en que las fuerzas puestas en funcionamiento harán el resto, confía en haber liberado el espíritu cívico, el espíritu de cooperación, en haber superado algunas limitaciones fundamentales de orden material. Pone en marcha una ciudad, el catalizador más poderoso que pueda imaginarse, el resto son leyes evolutivas que no pueden equivocarse; las teorías evolucionistas parecían condenadas a ser interpretadas por todos como un camino de progreso ilimitado!

Por eso, a Howard no le importa mucho si en un principio se eligen sistemas cooperativos o privados de producción y distribución, es decir si se emplea en sus ciudades la economía social o el capitalismo individual, o una combinación de ambos. El pensamiento radical británico no concede a esa cuestión el carácter fundamental que Bellamy sí reconoce en las relaciones productivas. Howard considera que es mejor dejar libertad para no malograr lo que para él es lo principal. Confía en que se acabará imponiendo la economía social y prefiere, eso sí, que al menos en la distribución se mantenga ese sistema que tan apasionadas páginas ocupa en el *Looking Backward* (21), porque le fascina sin duda la grandeza social del edificio que describe Bellamy y que él prefiere imaginar con el aspecto de ese Crystal Palace que Paxton construye en Hyde Park para la exposición de 1851, y que seguramente ha visto en los grabados rebosante de mercancías en medio de esa especie de jardín del Edén en el que se sitúa: una metáfora en sí misma de la Ciudad Jardín (22).

Bellamy centra su interés en el problema de la acumulación y distribución de la riqueza y, aunque para gestionar todo este aparato, necesita del Estado, no ve otro destino mejor que acumularla en las

ciudades porque de ese modo éstas se convierten a un tiempo en la riqueza a distribuir y en el vehículo de su distribución. El individualismo, el *self-support*, es inviable, se requiere una dependencia mutua compleja basada en la solidaridad y la fraternidad, y su espacio natural es la ciudad convertida en centro de participación en el bienestar. Es una idea poderosa y magnífica que seguramente inspiró a los propagandistas de la *City Beautiful* aunque buscaran otros objetivos. Para lograrlo es preciso olvidar los errores anteriores: Julian West vuelve de su sueño secular en el sótano de su vieja mansión cuyo solar hoy ocupa la casa del doctor Leete (23). Bellamy por una vez en su novela describe la crisis de finales del siglo y nos encontramos con un testimonio que, en cierto modo, confirma las teorías regulacionistas que hemos visto más arriba aunque, significativamente, sitúe la crisis en un punto más avanzado del proceso. Para él, el problema se encuentra en el nuevo modo emergente que nace de la concentración de capital que da origen a los monopolios; en un sistema cada vez menos competitivo y en el que las relaciones capital-salario se definen con precisión frente a una definición más informal de la etapa anterior, en la que el trabajador conservaba su independencia en gran medida.

Está describiendo un régimen intensivo, acompañado de un modo de regulación monopolista que parece haber sustituido al viejo régimen extensivo que se regulaba de forma competitiva. No explica cómo se ha hecho la sustitución, cómo se ha puesto en marcha el mecanismo de concentración, pero han surgido las grandes corporaciones tanto en la producción como en la distribución, frente a las cuales se levantan beligerantes los sindicatos. La eficiencia ha aumentado al unificar la gestión, de manera que crece rápidamente la riqueza, pero sólo al mismo tiempo que la desigualdad. De todas formas

(21) (Cfr. BELLAMY, 1888, cap. X: 48 y ss.). En el cap. XIV (pág. 73 y ss.) describe también ciertos servicios como el restaurante de barrio y otros aspectos de la vida ciudadana. Lo más destacable es que también ha desaparecido el universo productivo doméstico absorbido por la economía pública que lo hace más eficiente y reduce los costes. El Estado se convierte en realidad en la nueva máquina productiva y distributiva, el resto de sus competencias tradicionales ha desaparecido prácticamente, en un mundo sin abogados! Junto a él las ciudades son los lugares de la vida social intensa y gratificante, los campos de acumulación de los recursos, transformados en mejoras permanentes, dirigidas por sus

propios gobiernos cuya función es justamente administrar ese patrimonio común.

(22) Sin duda conoce la gran acuarela de casi dos metros cuadrados que James Duffield Harding pinta del Crystal Palace mientras se reconstruye en Sydenham y que, expuesta en la Royal Academy en 1954, se convierte en una especie de «modelo topiario» de los jardines y el invernadero-sala de exposiciones que reúne la naturaleza y la industria; una poderosa imagen para el centro de ciudad que necesita.

(23) Es inevitable recordar que el Leteo es el río mítico cuyas aguas hacen olvidar a quienes las beben su anterior vida en la tierra.

Bellamy considera que la concentración de capital es positiva, permite el desarrollo y el progreso, la innovación y las mejoras productivas que van a sostener el modelo fordista en gestación. La cuestión es reunir esas tres realidades que parecen irreconciliables: el progreso, la acumulación y la igualdad. La respuesta es convertir al Estado en el empresario, a los ciudadanos en funcionarios y acumular los excedentes en la obra urbana. En su propuesta bien detallada se han eliminado los salarios, el dinero se ha sustituido por tarjetas de crédito idénticas para todos los ciudadanos que no pueden acumular patrimonio privado en beneficio del patrimonio colectivo que todos disfrutan. Pero detrás de esta drástica simplificación económica se levanta una compleja organización social, una herencia histórica que se acumula en patrimonio, cultura e instituciones. Lo cívico emerge en todo su esplendor una vez eliminado el dinero como medida de las relaciones sociales y la solidaridad se hace ciudad (24). Ese es el mensaje que recoge Howard.

13. BUSCANDO EL CONSENSO: LAS HEGEMONÍAS

Sin embargo, para este último, la verdadera economía social empieza en la tierra, en la recuperación de sus rentas (agrícolas o urbanas), y de su cultura, para beneficio colectivo, para reducir los costes de alojamiento primero y para acumularlas en la mejora permanente de las condiciones de vida después. Es más viable hacer eso que sustituir todo el sistema productivo. Después de todo no es una perspectiva tan alejada de la vieja concepción fisiocrática, porque sigue poniendo el origen en la tierra y su renta, desdeñando la oposición fundamental del mundo capitalista moderno entre trabajo y capital, dejando a un lado las complicadas cuestiones organizativas del modo de producción que tanto preocupan a Bellamy y que de una forma u otra están en el fondo de

la crisis. En cierto modo está obligado, ya que después de recorrer con su proyecto todos los grupos organizados de poder de la Inglaterra victoriana en busca de apoyo, se centra en las cuestiones que le granjean las ayudas más firmes, las que le permiten construir finalmente su modelo; aunque para eso haya tenido que renunciar a muchos de sus mejores rasgos. Su propuesta no se enfrenta al bloque histórico de forma directa, simplemente ignora al Estado, pero se asocia a algunas de sus nuevas clases hegemónicas para construir un universo alternativo, un nuevo poder urbano que hubiera hecho — más o menos— la felicidad de Godwin.

Está claro que Howard cree profundamente en el poder de transformación social de la práctica cotidiana, doméstica y ciudadana (en el poder del ejemplo según dice él) y que no pueden imponerse modelos como el de Bellamy, por muy lúcido que sea su análisis, para los que los ciudadanos no están preparados, sino esperar que lleguen, que la evolución se produzca a partir de la dinámica urbana puesta en marcha.

El problema es que no se puede eludir tan fácilmente ese bloque de poder constituido en torno al Estado, y al final será su proyecto (depurado de sus mejores argumentos, desde luego) el mismo que llevará adelante, medio siglo después, el gobierno británico, la nueva alianza de intereses que surge de la segunda guerra mundial. Pero habrá sido vaciado ya de su poder de transformación, de su alma urbana, de sus formas de poder local, basadas en el propio control de sus rentas, usurpadas desde la administración pública; convertido en burocracia. Ahora, al servicio de un despliegue productivo firmemente decidido a la descentralización, que tiene muy claro cuál es su orden espacial, es decir, cuál es la mejor distribución de sus efectivos poblacionales, cómo debe ser su jerarquía de centros de distribución, con qué fórmulas debe construirse el equilibrio entre sus regiones; para el que las nuevas ciudades son sólo piezas en un tablero, agregados

(24) Evidentemente Bellamy no hace distinciones entre regímenes y se limita a comparar sistemas públicos y privados. En este sentido destaca la capacidad de ahorro que supone el sistema público que propugna, ya que elimina la competencia y la hostilidad entre firmas que termina por conducir al monopolio (por lo visto no deduce ventajas innovadoras de la competitividad y se ve que esta cuestión admite muchas teorías). También suprime las crisis de sobreproducción que

asolan en ese momento el mundo desarrollado y que describe con lucidez en el texto (en eso estarían todos de acuerdo) y el capital y trabajo ociosos. Sorprende la perspicacia con que critica lo que él llama la vieja *wealth-making-machine* y propone una concepción y gestión global del mecanismo de producción-consumo imprescindible y que no puede alcanzarse por ningún mecanismo automático (el mercado en ningún caso). (BELLAMY, 1888, Cap. XXII.: 109 y ss.)

productivos y de población. Un nuevo orden cuyo principal obstáculo es la renta del suelo; algo en lo que todos coinciden. Una renta del suelo que volverá a emerger como mecanismo de acumulación, de extorsión desde la perspectiva del universo industrial, esta vez unida a los nuevos agentes que han surgido para construir este descomunal despliegue.

Howard estaba dispuesto a todo para poner en marcha su sueño. Necesitaba construir el primer peldaño de un edificio que, igual que Marshall, veía cubriendo todo el país como un aglomerado bien trabado por comunicaciones rápidas que garantizara la concentración manteniendo la dispersión necesaria para asegurar el contacto estrecho entre la ciudad y la campiña que buscaba. Pero carecía de poder y de relaciones.

Los acontecimientos se suceden con bastante rapidez. En 1892 había entrado en contacto con los seguidores de Bellamy que trataban de ensayar una colonia en Gran Bretaña, pero carecían de los fondos necesarios. Decide imitar a su colega americano y publicar sus ideas para buscar adeptos: escribe *The Master Key*, pero no encuentra editor. En 1896 lo intenta de nuevo con otra versión abreviada para la *Contemporary Review* con el título de "A Garden City or One Solution to Many Problems". Tampoco fue aceptada. En 1898 publica finalmente él mismo su obra. En un mundo que empieza a agitarse bajo la máquina inmobiliaria, que prodiga los experimentos de alojamiento tanto desde el mundo empresarial como desde el fragmentario movimiento cooperativo, tiene, sin embargo, que buscar apoyo entre los reformadores agrarios que trataban de recuperar el campo de su larga crisis y de frenar los movimientos migratorios que estaban vaciando el mundo rural y llenando las ciudades de parados condenados a la miseria. La solución que proponían sociedades como la *Land Nationalisation Society* fundada en 1881 por Alfred Russel Wallace, era nacionalizar la tierra (como indicaba su propio nombre) y crear un mundo de granjeros en cooperativa siguiendo el ejemplo de Dinamarca. Podía ser un buen

momento porque las grandes explotaciones destinadas al trigo tenían una fuerte competencia en las importaciones, pero se enfrentaban directamente a los grandes propietarios. Howard, como sabemos, proponía una solución cuyos efectos eran los mismos pero el camino evitaba la confrontación.

A Wallace le interesó la idea y prestó su ayuda a Howard para formar la *Garden City Association* en 1899 como un anexo de la *Land Nationalisation Society*. De manera que la primera ayuda la recibió de gente que buscaba una solución al problema agrario, no al problema urbano, lo que demuestra el carácter integrador de la propuesta, pero también hasta qué punto estaba dispuesto su autor a ceder en sus genuinas aspiraciones (25).

Uno de los aspectos que Bellamy había dejado claro en su novela y que él mismo trataba de poner en práctica era la búsqueda de un amplio consenso social. Es decir, no teniendo ninguna fe en los procesos revolucionarios, sabía que el éxito de su propuesta no vendría de convertirse en bandera de uno de los grupos de clase en contienda, sino de atraer a amplios sectores de la sociedad. Los *labour parties* norteamericanos carecían de escala y sus miras eran estrechas. Por ello crea su *National Party* cuyo proyecto consistía en nacionalizar la producción y la distribución, convirtiendo la nación en una gran familia. Trataba de ganarse también el apoyo femenino mediante el reconocimiento de su igualdad laboral y la liberación de las tareas domésticas gracias a su socialización. Sin embargo seguía considerándolas como un universo especializado dentro de otro general. Buscaba, en definitiva, ganarse a la mayoría proponiendo un mundo que, una vez liberado de la razón monetaria, de su acumulación privada, podría expresarse plenamente en todo su vigor social y natural: la eficiencia del sistema económico — comparar, decía, la manera científica en que la nación va a la guerra con la científica forma en que va a trabajar— y hasta la mejora de la raza estarían garantizados en este «mejor de los mundos posibles». Paradójicamente Bellamy terminaba

(25) Bellamy en cierto modo le había prevenido contra los empeños de apuntar demasiado alto, argumentando contra los viejos anarquistas que siempre querían ir más lejos y terminaban por asustar a todo el mundo y evitar así cualquier

«real reform» (las mismas palabras que utiliza Howard en el título de su obra). Llega a afirmar que aquellos anarquistas estaban a sueldo de los monopolios. (BELLAMY, 1888, Cap. XXIV: 122).

alejándose de la realidad, siguiendo la lógica de un discurso moral que conducía a la humanidad a ese estadio superior en el que todos los radicales de buena ley creían.

Howard, por el contrario, no tuvo ocasión de evadirse y fue arrastrado por la realidad, especialmente cuando entra en contacto con las limitaciones que impone el universo inmobiliario con sus reglas del diseño, de la promoción y del alojamiento. Por fin, en 1901 Sir Ralph Neville, un influyente jurista de Londres, escribe un artículo en el que destaca el valor de los principios económicos y biológicos que contiene el proyecto. Howard no lo duda un instante y le nombra presidente de su sociedad. Es una alianza contra natura porque Neville es un liberal que cree en la libre competencia y en la desigualdad. Para él, la Ciudad Jardín, consistía sobre todo en un mecanismo para reducir los conflictos sociales sin costes para el Estado. Neville estaba contra la ciudad misma (de nuevo lo antiurbano) que temía como espacio de la violencia social y, desde luego, no veía ningún problema en transferir las rentas de la tierra como una especie de salario indirecto para los habitantes de la nueva ciudad si con ello se transformaba en un campo de entendimiento pacífico.

Veía incluso ventajas, ya que eso permitiría además mantener los salarios bajos en la industria sin poner en peligro sus relaciones productivas, y sin tener que convertir a los patronos en los caseros de sus obreros, como ya estaban haciendo algunos. ¿Acaso no ha sido ese el problema de fondo que ha obligado a sacrificar muchas veces el precio de los arrendamientos y que ha condicionado al sector inmobiliario desde sus inicios? La Ciudad Jardín era para él, solamente, la mejor manera de mantener las

cosas como estaban, un salvoconducto para profundizar en la sociedad liberal, precisamente lo contrario de lo que soñaba Howard. Donde Howard veía un mecanismo que hiciera a la larga innecesario el capitalismo y estableciera la igualdad, Neville sólo distinguía una fórmula para eternizar el sistema capitalista conservando las desigualdades.

14. LETCHWORTH

Pactar con su contrario le permitió cambiar de escenario y conseguir los apoyos necesarios. Finalmente éstos vinieron de nuevo de los viejos capitanes de empresa que estaban ensayando modelos de alojamiento para sus obreros y que en esta ocasión dan un paso más, creando el mecanismo que pueda resolver la habitación de forma automática e independiente de su actividad empresarial. Parece como si los orígenes del urbanismo moderno en Gran Bretaña no quisieran cambiar de protagonistas (26). George Cadbury, el magnate del chocolate que había comenzado a construir viviendas en Bournville (1898), y William Hesketh Lever, el magnate de los jabones que había iniciado la construcción de Port Sunlight (1890), se unen de nuevo para poner en marcha Letchworth (27). Precisamente en Bournville en 1901 se organiza una reunión con numerosas personalidades y responsables del naciente urbanismo que va a suponer su entronización disciplinar lejos del mundo radical. Nada de cooperativas ni de cambios sociales, nada de caminar hacia un estadio de civilización superior, el urbanismo se ocupa de solucionar el problema del crecimiento urbano y de

(26) La nómina de empresarios con inquietudes humanitarias o con suficiente visión como para estrechar las relaciones de producción con sus trabajadores, ensayando una especie de avance del bienestar en el interior de la empresa, mediante la construcción de pequeños núcleos de población, es muy larga y ha colmado numerosas páginas de eso que se ha calificado, creo que con escaso sentido crítico, como visiones utópicas, tratándose de realizaciones muy concretas. En el Reino Unido el primer ejemplo y seguramente el más interesante y completo lo ofrece el ilustrado Robert Owen en su complejo textil de New Lanark. El resto (Copley, Saltaire, Akroyden, Bromborough Pool, Aintree, etc.) son generalmente grupos de viviendas que acompañan al traslado de una empresa de bienes de consumo. Son más interesantes para seguir la historia de la vivienda obrera y del universo doméstico en el Reino Unido que para comprender el nacimiento de la idea de Ciudad Jardín.

(27) Estos industriales eran una relativa excepción en un universo productivo más centrado en la fabricación de utillaje y bienes de equipo, y no es extraño que sean precisamente empresarios cuyos productos sean bienes de consumo (departamento II), cuanto más masivo mejor; los que tengan esa sensibilidad hacia las mejoras salariales y a la protección del consumo familiar y su espacio. Tanto Port Sunlight como Bournville contaban con eso que hoy llamamos dotaciones sociales y cívicas. El tamaño era muy pequeño, Port Sunlight, por ejemplo, apenas llegaba a 140 acres después de las ampliaciones (frente a los casi 4.000 de Letchworth). La implicación de estos empresarios en el nacimiento de la disciplina es también significativa, baste recordar que Lever es, además, el creador de la cátedra de Diseño Cívico de La universidad de Liverpool en la que enseñará más tarde Abercrombie.

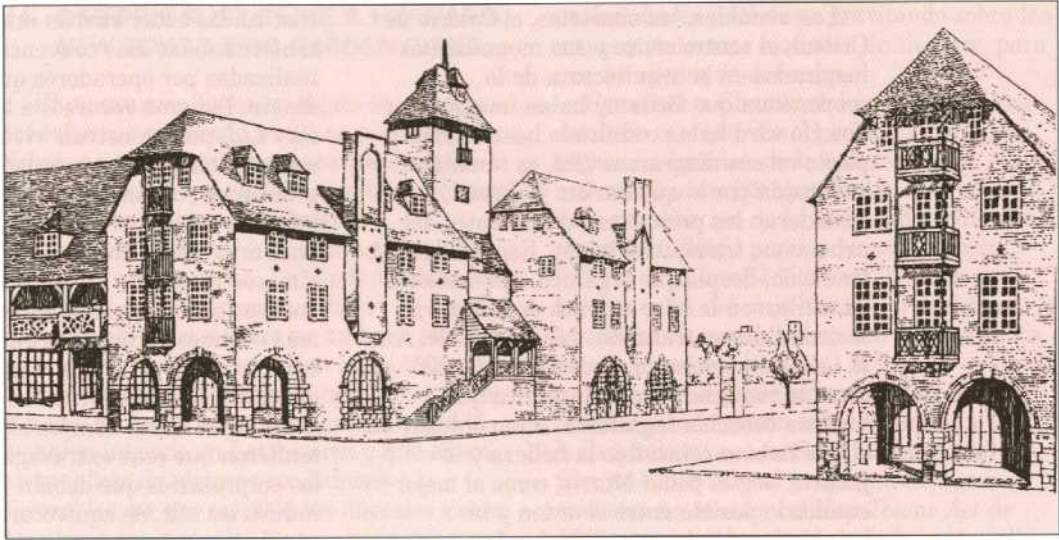


FIGURA 4: Dibujo preliminar de Raymond Unwin y B. Parker que ilustra su libro *Town Planning Practice* (1909) para Hampstead Garden Suburb.

establecer sus patrones más eficientes, como diría claramente Osborn años después. Era evidente que lo que había nacido como un movimiento social con elevados objetivos derivaba en una cuestión urbanística. Pero Howard seguía creyendo en el poder transformador del mecanismo. En seis meses se recaudan 20.000 libras y en 1903 la sociedad adquiere 3.800 acres en Hertfordshire: una primera decepción porque él consideraba que necesitaban 6.000.

No fue la única ni la más grave. El movimiento cooperativo, del que Howard lo había esperado todo, tenía en la época una gran dimensión social y económica especialmente en la distribución, aunque tenía sus propias fábricas, y, como es lógico, estaba también implicado en la construcción de viviendas. El problema era la fragmentación de este movimiento que por entonces contaba con más de 1.500 grupos locales, lo cual no les había impedido sumar cerca de 40.000 viviendas en promoción, según las actas del congreso de Manchester de 1904; aunque siempre en pequeñas operaciones y diseminadas por todo el país. Los pronunciamientos de sus líderes siempre fueron favorables a la propuesta de Howard, pero desgraciadamente nunca llegaron a unirse para colaborar con él, ni a poner en marcha

proyectos de organización urbana de naturaleza similar. Ellos no confiaban en el poder civilizador de la ciudad y preferían conservar su autonomía en la pequeña escala. Se comportaban igual que los habitantes de los *slums*, que habían conseguido establecer condiciones de supervivencia, economías de subsistencia, que consolidaban la cultura del barrio. Fue un desencuentro lamentable porque podría haber cambiado el curso del proyecto que, desde ese momento, se queda sin el protagonismo de las clases trabajadoras y deja todo en manos de los grupos de reformistas patronales.

Estos, lo primero que hacen es desmontar el mecanismo principal de obtención de rentas. Howard pretendía alquilar las tierras agrícolas a muy largo plazo y revisar cada cuatro años los precios del alquiler según la variación del valor de los terrenos, pero sus socios le imponen un censo (*leashold*) a 99 años y un precio fijo todo ese tiempo (todavía hoy estaría por revisar). Era una pérdida fundamental que Howard encaja para poder seguir adelante, aunque cada vez tuviera menos sentido. Pero mientras naufraga el proyecto de Howard, se va fortaleciendo la nueva disciplina: Unwin comienza en realidad aquí una carrera profesional que le va a convertir en una personalidad con enorme influencia.

Las avenidas, las simetrías, el Palacio de Cristal, el centro cívico y sus monumentos inspirados en la arquitectura de la cooperación que Bellamy había imaginado y que Howard había codificado hasta cierto punto en sus diagramas (28), es también sustituida por lo que Parker y Unwin consideran los principios permanentes del urbanismo tradicional inglés. Espontaneidad, tradición, despliegue orgánico, uniformidad de estilo, son la base estética de la futura sociedad descentralizada. Los líderes del *Arts & Crafts* imponían la ciudad del siglo XIV como la comunidad más auténtica que hubiera conocido Inglaterra, como el lugar en el que habían coincidido la belleza y la justicia, según pedía Morris, como el mejor equilibrio posible entre el orden y la igualdad, entre las partes y el todo organizado. También en esta glorificación de la aldea se apartaban de la fe que Howard depositaba en el desarrollo de la industria, en su futura organización cooperativa tan alejada del paternalismo de Cadbury o Lever.

15. UNWIN, PARKER Y EL UNIVERSO DOMÉSTICO

Pero los resultados tampoco fueron los que ellos esperaban. Parker y Unwin habían renunciado a la magnífica visión urbana que sugería Howard, para centrarse en lo que ellos consideraban la clave de la nueva ciudad: la organización cooperativa del universo doméstico (era en el fondo la misma visión micro que tenían los grupos cooperativistas). Howard podía asumir ese propósito, pero era una cuestión que empequeñecía su proyecto global. Unwin le da forma a esa idea creando un cuadrado formado por tres lados destinados a las viviendas y un cuarto donde se organizan los servicios comunes dominados por una especie de refectorio; algo muy parecido a un colegio universitario. Toda la economía de las familias giraría en torno a esa pieza gestionada en común. La ciudad sería un mosaico de estas unidades orgánicas. Sin embargo, sólo se construyó uno para veinticuatro familias y pronto fueron

sustituidas estas buenas intenciones por construcciones más convencionales realizadas por operadores que querían ganar dinero. Pidieron recursos a la *First Garden City Ltd.* para construir viviendas en cooperativa, pero la sociedad tenía serios problemas económicos y los costes de infraestructuras en estos primeros momentos eran muy altos. En lugar de obreros se alojaron gentes de clase media que querían ensayar una nueva forma de vida; gentes más o menos excéntricas que contribuyeron a crear una actividad social intensa y alejada de las conductas habituales. En eso al menos hubo algún éxito, aunque algunos directivos temieron que esas extravagancias alejaran a los empresarios que debían instalar sus industrias allí. Se equivocaron, ya que el rápido crecimiento industrial del momento exigía suelo en abundancia, pero a cambio fracasaron en el objetivo de alojar a los trabajadores con salarios más bajos.

Aunque distara mucho de los ambiciosos objetivos originales, Howard sabía que esa era la prueba por la que iba a ser inmediatamente juzgada la experiencia, de manera que puso los medios para que el alojamiento obrero fuera posible creando una sociedad cooperativa en 1904, la *Garden City Tenants Ltd.* Unwin hizo unos proyectos de viviendas que resumían lo esencial de las necesidades familiares conservando la dignidad y el sentido comunitario. En el fondo estaba definiendo el mínimo de habitación de las nuevas clases trabajadoras, pero el precio resultante era demasiado alto. Era una pretensión imposible porque los salarios rozaban la subsistencia. Las relaciones de producción, cuya importancia fundamental nadie quería admitir, imponían sus leyes de hierro. Los obreros menos cualificados que trabajaban en la industria naciente de Letchworth tuvieron que alojarse finalmente en su entorno rural, en las pequeñas aldeas vecinas: habían vuelto al campo después de todo aunque su alojamiento dejaba mucho que desear y quedaba claro, de una vez por todas, que sin subsidios no podría resolverse nunca el problema. Esa era una cuestión que superaba las competencias locales.

(28) Sobre esta cuestión hay una carta de Osborn a Mumford del 3 de septiembre de 1945, precisamente cuando están preparando la edición de *Garden Cities of tomorrow* de 1946, en la que Osborn

demuestra una visión totalmente mecanicista de la influencia de Bellamy sobre Howard y un formalismo que empequeñece la verdadera dimensión del proyecto (MUMFORD & OSBORN, 1971).

16. OSBORN SUSTITUYE A HOWARD. NEW TOWNS POR GARDEN CITIES

El mecanismo llamado, según su autor, a transformar el mundo moderno y modelar su futuro en paz necesitaba, para ponerse en marcha con toda su eficacia, cambiar algunas relaciones sociales y económicas fundamentales que él había supuesto que serían su consecuencia. La Ciudad Jardín dejaría de ser el primer paso hacia un estadio superior para convertirse en un buen modelo para construir el nuevo orden que amanecía; le bastaba transformarse en una cuestión de Estado. Es un largo camino que en realidad se había iniciado en Letchworth y que ahora se beneficia de algunas condiciones favorables, ya que en 1906 los liberales ganan las elecciones y resulta que un buen número de parlamentarios, correligionarios de Neville, eran miembros de la Asociación para la Ciudad Jardín dispuestos a apoyar la *New Town Planning Bill* de 1909. Cuando se inicia Welwyn en 1919 ya hay subsidios disponibles gracias a la *Housing Act* del mismo año, pero éstos van a alimentar el suburbio de forma masiva en vez de crear ciudades nuevas. Para entonces Howard va a cumplir setenta años y casi todos los que persiguen cambios dirigen sus esfuerzos a intervenir en el centro del poder político, en integrarse en el bloque histórico nacional que se está consolidando a través de los partidos y el Parlamento, muy lejos de las pequeñas estructuras de poder local. Es lo que Osborn hace algunos años después de que Howard haya desaparecido. Ha cesado en su cargo en Welwyn y aprovecha para hacerse secretario honorario de la *Garden Cities and Town Planning Association* en 1936 e iniciar su particular asalto a los centros de poder de la nación para ayudar a configurar su nuevo modo de regulación, para convertir la idea en programa de gobierno. Es la última traición, porque Osborn no cree en la red de ciudades autónomas que Howard veía cubriendo el país, sino en un conjunto de satélites formados por aglomerados de viviendas

unifamiliares y fábricas, gravitando sobre las viejas y poderosas ciudades de siempre, para que les sirvan de descarga.

Convence a Chamberlain para crear una comisión que estudie el problema del nuevo espacio industrial, de la que resulta el informe Barlow (29) que recomienda una descentralización de la actividad productiva, sin duda influida por sus ideas. También influye en el comité Uthwatt (30) que pone los cimientos del nuevo orden urbanístico: planificación a escala nacional del uso de los terrenos y su zonificación. Si los conservadores le habían escuchado, los laboristas, que ganan las elecciones en 1945, le dan todo su apoyo. Es el momento del Comité Reith (31): el programa de nuevas ciudades ha nacido. La *New Towns Act* de 1946 propone 34 nuevas ciudades entre ellas Welwyn. En 1963 la *First Garden City Limited* es sustituida por una institución pública y Letchworth se convierte en una nueva ciudad más aunque con estatuto propio (32). En el único callejero disponible hoy (33) ha quedado indisolublemente asociada a Stevenage que inaugura el programa de nuevas ciudades en 1946 y que ahora queda flanqueada por las dos creaciones de Howard, todas ellas ensartadas por la A1(M).

De aquellos dos improbables socios que estrecharon sus manos hace casi un siglo para escribir uno de los grandes capítulos del urbanismo moderno, parece que el tiempo le ha dado la razón al perspicaz Neville aunque nunca pudiera imaginar el colosal tamaño del despliegue que seguiría. Sin embargo Howard no estaba equivocado cuando imaginó en la ciudad regida por ciudadanos un poder superior. Entonces el despliegue de las estructuras económicas exigió el sacrificio del complejo mundo local, pero aquel orden férreo hace tiempo que ha cedido y es inaplazable recuperar el pulso de la vida ciudadana, luchar por su renacimiento. Sin duda será en otras coordenadas, con nuevas alianzas, en un nuevo campo de fuerzas, pero no se me ocurre nada mejor que hacer en los próximos mil años.

(29) *Report of Royal Commission on Distribution of Industrial Population. London 1940.*

(30) *Report of Expert Committee on Compensation and Betterment. London 1942.*

(31) *New Towns Committee, First, Second and Final Reports. London 1946*

(32) Puede seguirse este apasionante y largo itinerario

contado por el propio Osborn en su imprescindible epistolario con Lewis Mumford de más de treinta años, donde se contrastan los hechos con el pensamiento de estos dos personajes fundamentales (Mumford & Osborn, 1971).

(33) *Stevenage, Letchworth. Local Red Book, Estate Publications. Kent.*

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AGLIETTA, M (1979): *A theory of capitalist regulation: The U.S. experience*, New Left Books, London.
- BOYER, R (1986): *La théorie de la régulation: Une analyse critique*. Paris. La Decouverte
- BRENNER, R & GLICK, M. (1991): «The regulation approach; theory and history», *New Left Review*, 188: 45-119.
- BAYLEY, S (1977): *The Garden City*, The Open University, Milton Keynes; v. esp. *La Ciudad Jardín*, Adir Ediciones, Madrid, 1982.
- BELLAMY, E (1888): *Looking backward, 2000-1887*, Ticknor and Co, Boston; v. cit. *Dover Thrift Editions*, Dover Publications Inc. New York. 1996.
- GEORGE, H (1880): *Progress and Poverty*, New York.
- GODWIN, W (1793): *Enquiry Concerning Political Justice*; Penguin Classics, London, 1985.
- HOWARD, E (1898): *To-morrow: A Peaceful Path to Real Reform*, London; reed. en *Garden Cities of to-morrow*, con prefacio de F. J. Osborn y texto de L. Mumford: *The Garden City Idea and modern Planning*, Faber & Faber Ltd., London, 1946; ed. cit. *Garden Cities of to-morrow*, Attic Books, Eastbourne, 1985.
- JESSOP, B (1997): «A Neo-gramscian Approach to the Regulation of Urban Regimes: Accumulation Strategies, Hegemonic Projects, and Governance», en *q.v.* LAURIA (comp., 1997): 51-74.
- LAURIA, M (comp., 1997): *Reconstructing Urban Regime Theory; Regulating Urban Politics in a Global Economy*, Sage Publications, Inc., Thousand Oaks.
- MALTHUS, T.R. (1798): *An essay on the principle of population*, London; The world's classics, Oxford University Press, Oxford, 1993.
- MARSHALL, A (1884): «The Housing of the London Poor», *Contemporary Review* 45, n° 2.
- MOLOTCH, H L (1976): «The city as a growth machine; Towards a political economy of place», *American Journal of Sociology*, 82: 309-331.
- MUMFORD, L & OSBORN, F.J. (1971): *The letters of Lewis Mumford and Frederic J. Osborn. A Transatlantic Dialogue, 1938-70*, Michael Hugues Ed. Bath, Adams & Dart.
- OSBORN, F J (1946): Prefacio a la edic. *q.v.* de HOWARD (1898) *Garden Cities of Tomorrow*.
- STONE, C N (1993): «Urban regimes and the capacity to govern: A political economy approach», *Journal of Urban Affaires*, 15: 1-28.
- TOPALOV, C (1988): «Espacios, poderes, ciencias: Reformas de las clases trabajadoras en el entorno del cambio de siglo», *ALFOZ* n° 54-55. Madrid.
- UNWIN, R (1902): *Cottage Plans and Common Sense*, fabian Society, London.
- (1912): *Nothing gained by overcrowding. How the Garden City type of development may benefit both the owner and occupier*, Garden Cities and Town Planning Association, London.